

HOMILÍA

CLAUSURA AÑO JUBILAR ROMANO 2025

QUERIDOS HERMANOS,

Nos encontramos reunidos aquí como fieles cristianos, provenientes de muchos lugares de nuestra diócesis de Lugo, en el día de la Sagrada Familia, convocados por el Santo Padre, el papa León XIV, a celebrar juntos la clausura del Año Jubilar Romano de 2025.

Concluye así un evento en el que hemos celebrado de forma singular el nacimiento del Hijo de Dios, como inicio del tiempo nuevo de la gracia, en el que se nos concede el perdón de nuestras deudas, la reconciliación con Dios y con los hermanos, y la paz verdadera.

El amor del Padre lo ha hecho, que ha enviado a su Hijo al mundo, no para condenarlo, sino para salvarlo; y el amor del Hijo, de Jesús, manifiesto en la ternura de la Navidad y que llegará hasta el sacrificio de sí mismo, a fin de ser para todos ya desde ahora el camino de la verdad y de la vida. El amor lo ha hecho y la misericordia, la caridad infinita del Padre y del Hijo, el aliento y el fuego de su Espíritu.

Somos partícipes de esta historia de salvación, iniciada hace 2025 años con el nacimiento del Señor Jesús; porque así quiso Dios cumplir sus promesas y llevar a cabo su designio de paz y no de aflicción. El Año Jubilar nos ha recordado que las deudas están pagadas, que ha venido nuestro Redentor, que ya no estamos solos o abandonados, sino llamados a caminar siempre juntos, como miembros de su Pueblo.

El Espíritu Santo nos ayuda a entender este misterio divino de amor, revelado plenamente en Jesús; nos hace sentir amados y perdonados, con una indulgencia sin límite; nos alienta y guía para vivir como protagonistas, cada uno, en esta gran historia de amor y salvación manifestada en Belén y que es la esperanza del mundo.

Hoy clausuramos aquí el Jubileo romano, en la fiesta litúrgica de la Sagrada Familia, que se nos presenta como una indicación para el camino. Al contemplarla, la sentimos como algo propio, como el inicio y el rostro plenamente humano de la historia en que nos encontramos hoy. Sabemos de quién somos, rescatados y abrazados por el Señor Jesús, hechos hijos con Él del verdadero y eterno Padre, teniendo con Él a María como Madre, para vivir reconciliados una fraternidad verdadera, que supera el pecado, con sus consecuencias dañinas de odio y división.

Todas las parroquias de nuestra Diócesis son presencia de este Pueblo de Dios en Lugo. En todas, nuestras familias desde antiguo y hoy nosotros participamos de esta esperanza inmensa, de la pertenencia a esta compañía buena en la que encontramos perdón para nuestros pecados, consuelo en los momentos oscuros, fortaleza ante las dificultades y los retos; y sobre todo esperanza y luz para el camino, una palabra verdadera que orienta nuestra conciencia y la manera de afrontar la vida.

No estamos solos. Nuestro horizonte no es la tristeza, las dudas sin fin de quien no sabe a dónde va, el desconsuelo de una vida en lucha constante unos contra otros. Formamos parte de una Familia Sagrada, revelada en Belén y ya universal, que se ha extendido a nuestra tierra, a nuestras comunidades, parroquias y santuarios. Echó raíces entre nosotros hace muchos siglos y se convirtió en nuestro patrimonio. Conformó la comprensión del mundo y de Dios, la forma de las relaciones personales, como familias y como pueblo; sustentó nuestra esperanza en esta vida y también ante la muerte; se hizo nuestra cultura.

El Jubileo, en este sentido, ha sido como una llamada a volver a nuestra casa y a nuestra tradición, y a renovarla; pero recordándonos que esto sólo se puede hacer desde el corazón, con la fe y la esperanza recuperada de la propia persona, ciertos del bien y de la verdad que nos vienen del Señor, que salva al mundo y a cada uno de nosotros.

El año 2025 termina, pero no la misericordia y la gracia, la historia vivida en comunión con el Señor Jesús. El que ha nacido en Belén, ha muerto en la cruz y ha resucitado, permanece con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Nos acompaña como Cabeza de su Iglesia, con su Palabra y sus sacramentos, como Buen Pastor. Su presencia es real de modo singular en la Santísima Eucaristía, como celebramos especialmente en nuestra Diócesis y en esta Catedral.

Hoy, ante la exposición permanente de Jesús Sacramentado en nuestro Altar mayor, recordamos que tenemos también el privilegio de una indulgencia plenaria cotidiana y perpetua, de poder recibir la misma gracia extraordinaria que nos ha ofrecido el Año Santo, en Roma y en nuestros santuarios.

Aquí profesamos firmemente que la Santísima Eucaristía es el centro de nuestra fe cristiana. Sabemos que cuando celebramos juntos la Santa Misa, en las circunstancias más cotidianas y en el templo más humilde, está realmente presente con nosotros el Señor Jesús, con todas las riquezas de su amor y de su gracia. Hacemos memoria de su historia, que culmina en la resurrección, y es ya también la nuestra; caminamos a la luz de su palabra, rezamos como Él nos enseñó, participamos del sacrificio en la cruz como el hecho decisivo de su vida, como la forma que toma el amor que quita el pecado y lleva hasta Dios. Y así vivimos en comunión con Él y en comunión con nuestros hermanos, en una unidad reconciliada.

Demos testimonio de nuestra fe y nuestra esperanza. Que nuestra presencia, en nuestras parroquias, sea la de una casa de puertas abiertas, regida por la caridad, que anuncie a todos la posibilidad de la reconciliación y el perdón de los pecados, de una amistad nueva, por obra del Redentor, del amor de Dios. Demos testimonio de la dignidad de hijos que hemos recibido, que todos necesitamos recordar y en primer lugar los más pobres, abandonados y descartados. Cuidemos al débil y necesitado, defendamos la justicia y el derecho; para que no se imponga la ley del más fuerte, la arrogancia y la mentira. Abramos caminos de paz.

El Jubileo nos ha recordado que vivimos en un tiempo de gracia, de reconciliación y de paz. Este testimonio, la presencia de este Pueblo nacido por la Encarnación del Hijo de Dios hace 2025 años, es urgente en nuestro mundo, que, olvidada muchas veces la fe de sus mayores, parece privilegiar estrategias de división y de guerra. Pero es imprescindible también para nuestro camino personal en la vida, para la felicidad y la salvación de cada uno.

Que San José y la Santísima Virgen María intercedan por nosotros, para que vivamos como miembros de esta gran familia cristiana; para que seamos en el mundo un hogar abierto y acogedor, testigos de la misericordia divina, constructores de paz en nuestro tiempo.

+ Alfonso,
Obispo de Lugo